

EL CUERPO Y EL DELITO

por Rodrigo Fresán

UNO En un principio, todo empezaba y terminaba en la pura deducción. Había pistas, sí, y hasta alguna persecución. Pero el peso de la prueba y de las pruebas pasaba más por lo que veía el cerebro y no por lo que se veía en el cerebro una vez removida la tapa del cráneo.

Me explico mejor: en el principio, los cuerpos muertos no se abrían para averiguar qué era lo que les había quitado la vida —cortesía de un bala o un puñal o un hacha o de lo que sea— sino, simple y rápidamente, luego de pensarlo mucho o en el calor del momento, para quitarles la vida. Tajos y agujeros para que la sangre corriera libre y sin nadie que la alcanzara para ponerla bajo la pupila sin párpados de un microscopio y después levantara la vista y dijera cosas rarísimas.

Después llegó la novedad ésa de las huellas digitales: todas diferentes y, por lo tanto, la llave única para girar e identificar a aquel que pensaba que había entrado para salirse con la suya.

Y, ahora, ya saben: los laboratorios, la bata del científico suplantando a la gabardina del detective privado luego de que, en 1986, se cerrara el primer caso a partir del análisis del ADN.

Nada ha vuelto a ser igual desde entonces.

Y nada salvo los teléfonos —y los teléfonos móviles también son los culpables de la alteración sin pasaje de vuelta en las conversaciones de una trama policíaca— ha evolucionado más que los *thrillers* en

los últimos tiempos. Atrás, muy atrás, ha quedado la pericia *unplugged* y casi artesanal de Sherlock Holmes y Hercules Poirot. Y –de seguir la cosa así, acordarse del inolvidable Philip K. Dick– pronto será posible atrapar al asesino incluso antes de que cometa el crimen.

Aunque, en realidad, matar a otro sin ser descubierto será ya tan difícil que solo quedará el suicidio.

DOS Vivimos en el Era de Watson. En tiempos en que el testigo/secundario se ha tomado la revancha y ascendido a primer plano y se ríe en la cara del detective o inspector de policía que ya no sabe muy bien qué hacer con sus puños y su revólver. Todos ellos, supongo, se quedan en el bar de la esquina, pidiendo un gimlet detrás de otro mientras esperan los resultados de análisis que se les harán ilegibles y como escritos en el idioma de otro planeta.

Así, la ciencia por encima de la pasión y ya Henry James advirtió en su momento que «las novelas de detectives no son tanto un *work of art* como un *work of science*».

Y, atención, sir Arthur Conan Doyle era de profesión médico.

Y, ahora que lo recuerdo, Holmes ya ofrece una pequeña conferencia sobre las pistas que ofrece la hemoglobina al inicio de *Estudio en escarlata*, su primera aparición.

Y Agatha Christie dedicó mucho tiempo a documentarse sobre diferentes venenos y sus aplicaciones.

Ahora, no se puede vivir (no se puede morir) sin tener cerca a un patólogo, a un forense, a un antropólogo de cadáveres recién hechos y ahí están y aquí vienen –tras los pasos del hoy definitivamente pasado de moda Quincy de la serie de televisión *Quincy M. E.*– la Temperance «Bones» Brennan de Kathy Reichs, la doctora Kay Scarpetta de Patricia Cornwell, los múltiples explotadores de la *franchise* turístico-geográfica *CSI* (¿para cuándo un *CSI Marbella*?) y hasta el criminal Dexter Morgan de Jeff Lindsay, por no citar a esa obvia variación sobre Sherlock Holmes que es el doctor Gregory House moviéndose por esa enorme escena del crimen que, en el fondo, es todo hospital.

Y leo que hay ya todo un movimiento de escritores de novelas policiales que proponen regresar al pasado, escribir misterios que transcurran en tiempos en los que el misterio todavía era misterioso y difícil de ser destilado en una fórmula exacta, volver a esos días y a esas noches en que matar era, sí, tanto más divertido.

Tiempos en que matar era un hobby y no una profesión.

TRES Y la otra noche vi en el History Channel un documental sobre los nuevos científicos criminalistas. Allí, en la pantalla, un hombre más parecido a Philip Marlowe que a Albert Einstein suspiraba agotado: «Vienen los familiares y nos dicen que estamos demorando demasiado en hallar al culpable... Nos exigen que utilicemos cosas como el lector cromático de partículas aceleradas y cripto-psicosomáticas o cosas por el estilo... Y nosotros tenemos que sentarlos, servirles un vaso de agua, y explicarles que ese aparato que vieron en alguno de esos *CSI* no existe y que los crímenes no suelen resolverse en los cincuenta minutos que dura un episodio de un show televisivo... Yo ya no veo esos programas porque me ponen muy nervioso. Las falsedades que se dicen y se hacen. Me dan ganas de arrojar el televisor por la ventana sin antes ponerme guantes para no dejar huellas, ja».

El desconsuelo de este hombre es fácil de comprender. Basta con detenerse frente a un episodio de *CSI* o de *Bones* o de *House*. ¿De qué habla toda esa gente? ¿Son seres normales? ¿Van al baño y no pueden evitar recoger muestras? ¿Hacen el amor y, automáticamente, fantasean acerca de la fusión de diferentes fluidos corporales?

Bienvenido sea –por fin, por suerte– David Hunter.

CUATRO David Hunter es el protagonista de la muy exitosa –a nivel de crítica y de ventas– *La química de la muerte* y de sus secuelas *Written in the Bone* y *Whispers of the Dead*.

Y David Hunter –con gran inteligencia y mucha astucia– ofrece lo mejor de ambos mundos. Porque, de acuerdo, David Hunter

también es un experto forense. Pero quiere dejar de serlo y opta por oficiar de médico y ocuparse ya no de los muertos sino de los vivos. Y Hunter —como el Charlie Parker de John Connolly— huye del inolvidable recuerdo de una tremenda tragedia familiar y abandona la metrópoli *high-tech* para volver a empezar o intentar seguir en un remoto pueblito de Norfolk llamado Manham.

Y, ya se sabe, pueblo chico equivale a infierno grande.

Y de algún modo —sin necesidad de ser un policial de época— *La química de la muerte* recupera y renueva uno de los motivos clásicos del género: el muy *british* asesinato pastoral, el *village green mystery*, donde el tiempo transcurre de otra manera, la tensión aumenta sin prisa pero sin pausa. Y en el que la opresiva aldea funciona como habitación cerrada, cerradísima, donde todos se conocen demasiado desde hace demasiado tiempo. Y allí, de pronto, llega alguien de afuera. Y, por supuesto, las cosas se complican y los acontecimientos se precipitan y aparece una mujer muerta y desaparece una mujer viva. Y enseguida el alguna vez cazador (que no en vano se apellida Hunter) comprende que le ha tocado el rol de presa en la cacería.

CINCO El escritor y periodista Simon Beckett (Sheffield, 1968) creó a David Hunter luego de documentarse para un artículo sobre medicina forense para *The Daily Telegraph* y de una visita a la célebre «Body Farm», el prestigioso laboratorio criminalístico en Tennessee, USA.

Beckett —quien alguna vez fue profesor en España y percusionista en varias fracasadas bandas de rock y hasta pensó en estudiar bioquímica antes de sentarse a escribir— ya había firmado varios policiales psicólogos de los que no le gusta hablar demasiado; pero no cuesta afirmar que su verdadera historia comienza con la llegada de David Hunter a Manham, Norfolk.

Allí no es que Hunter sea feliz —no puede serlo, imposible enterrar a sus muertos— pero se las arregla para llevar una existencia normal hasta que, a los tres años de su llegada, es «desenmascarado» como «experto». Y tiene que volver al trabajo. Y buena parte

del atractivo de *La química de la muerte* (los adictos a los detalles sobre la descomposición de cadáveres recibirán su generosa y potente dosis, a no preocuparse) pasa por ver cómo un *outsider* calificado tiene que arreglárselas para hacer lo suyo en un ambiente mucho más primitivo, oscuro y oscurantista que, por momentos, recuerda a la Dublín de los años cincuenta en la que se mueve Quirke, aquel otro forense creado por Benjamin Black alias John Banville.

Y acaso lo más importante: Beckett considera a *El largo adiós* de Raymond Chandler la piedra fundamental de su formación, admira (se hace más que obvio en los detalles más íntimos de *La química de la muerte*) a Patricia Highsmith, y no se siente particularmente un *forensic crime writer* más allá de la profesión de su personaje.

«Lo que a mí me interesa es el carácter y las motivaciones psicológicas. La ciencia está ahí, de acuerdo. Pero no lo es todo. Yo quería un personaje que estuviera tocado moralmente, con fallas y vulnerable en más de un sentido. No me interesaba escribir sobre una fría y siempre lógica máquina procesadora de datos», dijo Beckett en una entrevista.

De este modo –acaso lo más interesante– lo que practica Beckett en *La química de la muerte* es una suerte de autopsia al cuerpo vivo de Hunter. Y es así como en *Written in the Bone* y en la recién publicada *Whispers of the Dead* vamos conociendo –como si se fueran haciendo sucesivos cortes con una pluma-bisturí– nuevos y reveladores detalles sobre el pasado y la personalidad del héroe. Una vez más, moviéndose por la atmósfera hostil de lugares pequeños donde todo cabe (las escocesas Islas Hébridas en *Written in the Bone* y la ya mencionada Body Farm y las Smoky Mountains en *Whispers of the Dead*) y, por suerte, antes que nada y después de todo, aquí y allá y en todas partes, lo más importante para Beckett y Hunter sigue siendo descubrir quién lo mató y no cómo murió.

Y estén seguros de que nada le interesa menos a los muertos que saber cómo fue que los mataron.

Porque a la hora de la verdad –más allá de métodos– todos morimos iguales y de la misma manera: para siempre.

LA QUÍMICA DE LA MUERTE

Para Hilary

El cuerpo humano empieza a descomponerse cuatro minutos después de la muerte. Lo que hasta entonces era un recipiente de vida atraviesa su última metamorfosis fagocitándose a sí mismo. Las células se disuelven. El tejido se vuelve líquido y después gas. Inanimado, el cuerpo se convierte en un inmóvil festín para otros organismos. Primero las bacterias, después los insectos. Moscas. Ponen huevos, que no tardan en abrirse. Las larvas se alimentan de ese caldo rico en nutrientes, luego migran. Lo abandonan de forma ordenada, avanzando en perfecta procesión, siempre hacia el sur. A veces hacia el sureste o el suroeste, pero nunca hacia el norte. Nadie sabe por qué.

A estas alturas las proteínas de los músculos ya se han descompuesto, produciendo un potente caldo químico. Este caldo es letal para la vegetación y mata la hierba al mismo tiempo que las larvas avanzan por ella, formando un macabro cordón umbilical. Dadas las condiciones apropiadas —clima seco y cálido, ausencia de lluvia—, ese ondulante desfile de invertebrados amarillentos puede llegar a alcanzar varios metros. Resulta un espectáculo curioso. Y, para la persona curiosa, ¿qué más natural que seguir el rastro hasta su origen? Así mismo fue cómo los hermanos Yates encontraron los restos de Sally Palmer.

Neil y Sam dieron con el rastro de gusanos a la entrada del bosque de Farnham, en la parte donde bordea el pantano. Era la segunda semana de julio y parecía que el verano no iba a acabar nunca. Hacía un calor eterno que había arrancado el color de los

árboles y caldeado la tierra hasta tornarla dura como el hueso. Los muchachos iban de camino a Willow Hole, un estanque de juncos que hacía las veces de piscina municipal. Allí los esperaban sus amigos, con los que pasarían la tarde del domingo lanzándose en bomba sobre el agua tibia y verdosa desde un árbol cercano. O por lo menos, eso pensaban.

Me los imagino aburridos y apáticos, narcotizados por el calor, irritables el uno con el otro. Neil, de once años, tres más que su hermano, camina ligeramente por delante de Sam para hacer evidente su irritación. Lleva un palo en la mano, con el cual golpea los tallos y las ramas que encuentra a su paso. Sam se afana detrás de él, sorbiéndose la nariz de vez en cuando. No a causa de ningún resfriado veraniego, sino por la alergia al polen, que también le congestiona los ojos. Un antihistamínico suave lo aliviaría, pero eso todavía no lo sabe. En verano siempre se sorbe los mocos. Siempre tras los pasos de su hermano mayor, camina con la cabeza gacha, razón por la cual es él y no Neil quien descubre el rastro de gusanos.

Se detiene y se queda observándolos antes de gritarle a Neil que vuelva. Neil lo hace de mala gana y solo porque tiene la impresión de que Sam ha descubierto algo. Intenta fingir indiferencia, pero el sinuoso desfile de los gusanos lo intriga tanto como a su hermano. Ambos se agachan junto a las larvas, se apartan el cabello oscuro de la cara y arrugan la nariz por el olor a amoníaco. Aunque después nunca han alcanzado a recordar de quién fue la idea de ir a ver de dónde procedían, yo me imagino que fue de Neil. Seguir los gusanos era una buena forma de confirmar una vez más su autoridad. De modo que es Neil quien se adelanta y se dirige hacia la hierba amarillenta del pantano, de donde salen las larvas. Sam lo sigue.

¿Sintieron el olor al acercarse? Probablemente. Debía de ser lo bastante fuerte incluso para penetrar en la nariz taponada de Sam. Además, es posible que supieran a qué era debido. Los muchachos de campo están familiarizados con el ciclo de la vida y la muerte. Tal vez el zumbido somnoliento de las moscas en medio de aquel

calor les diera aún más pistas. Sin embargo, el cuerpo que encontraron no era de una oveja ni de un ciervo, ni siquiera de un perro, como hubieran podido esperar. Desnuda, por más que irreconocible a la luz del sol, Sally Palmer parecía moverse por efecto de la infestación que hervía bajo su piel, desbordándose por la boca y la nariz así como por otros orificios menos naturales abiertos en su cuerpo. Los gusanos que salían de ella formaban un cúmulo en el suelo antes de alejarse formando la línea que ahora se perdía por detrás de los hermanos Yates.

Supongo que no importa cuál de los dos echó a correr antes, aunque me imagino que debió de ser Neil. Como siempre, Sam debió de salir tras él, intentando no quedarse rezagado mientras corrían hacia su casa primero y hacia la comisaría después.

Para llegar finalmente hasta mí.

Le di a Sam un sedante y un antihistamínico para aliviarle la alergia. De todos modos, en ese momento no era el único que tenía los ojos congestionados. También Neil estaba conmocionado por el hallazgo, aunque empezaba a recuperar su desenvoltura juvenil. Por eso fue él y no Sam quien me explicó lo ocurrido, transformando ya el crudo recuerdo en algo más aceptable: en un relato que poder narrar una y otra vez. Más tarde, cuando los trágicos hechos de aquel verano prodigiosamente caluroso empezaron a quedar atrás, años después, Neil seguía repitiéndolo, identificado en la mente de todos como aquel por cuyo descubrimiento había empezado todo.

Pero no fue por eso. Lo que pasa es que, hasta entonces, no nos habíamos dado cuenta de lo que habitaba entre nosotros.

Yo había llegado a Manham a última hora de una húmeda tarde de marzo, tres años antes. Cuando me apeé en la estación del ferrocarril —poco más que un pequeño andén en medio de la nada—, me encontré con un paisaje bañado por la lluvia y en apariencia carente tanto de vida humana como de contornos. Me quedé ahí parado con la maleta, observando a mi alrededor, sin notar apenas que la lluvia me resbalaba por el cuello de la camisa. En torno a mí se extendían marismas y pantanos cuya topografía interrumpían tan solo algunas zonas boscosas hacia el horizonte.

Era la primera vez que estaba en los Broads y la primera vez que pisaba Norfolk. Todo me resultaba espectacularmente extraño. Observé la vastedad del terreno, inspiré el aire húmedo y frío, y noté que algo en mi interior se sacudía de forma casi imperceptible. Era un paraje inhóspito, pero no era Londres, y con eso bastaba.

Nadie había ido a recogerme. No había contratado ningún tipo de transporte desde la estación. No había hecho planes. Había vendido el coche y el resto de mis cosas sin detenerme a pensar cómo llegar al pueblo. Por entonces, todavía me costaba pensar con claridad. Y si lo hubiese pensado, mi arrogancia urbanita habría dado por hecho que habría taxis, alguna tienda, algo. Pero no había parada de taxis, ni siquiera una cabina telefónica. Por un momento, lamenté haberme deshecho del móvil, luego cogí la maleta y empecé a caminar hacia la carretera. Una vez allí, solo había dos opciones: izquierda o derecha. Me dirigí a la izquierda sin vacilar. Por ningún motivo en especial. Al cabo de unos cientos de metros lle-

gué a un cruce donde había un letrero de madera casi ilegible. Estaba torcido de tal modo que parecía señalar algún punto debajo de la tierra húmeda. Por lo menos sabía que iba en la dirección correcta.

La luz empezaba a apagarse cuando por fin llegué al pueblo. De camino, me había cruzado con un par de coches, pero no se habían detenido. Aparte de eso, los primeros indicios de vida fueron unas pocas granjas situadas a cierta distancia de la carretera, aisladas las unas respecto de las otras. A través de la incipiente oscuridad pude ver frente a mí el campanario de una iglesia que parecía medio enterrada en un campo. Allí empezaba una acera. Era estrecha y resbalaba a causa de la lluvia, pero era mejor que el arcén y los setos por los que había caminado desde la estación. Tras un recodo de la carretera apareció el pueblo, oculto casi hasta que uno se daba de bruces con él.

La imagen no era precisamente de postal. Estaba demasiado poblado, era demasiado grande para encajar con la imagen de las aldeas de la campiña inglesa. En las afueras se veían unas cuantas casas de antes de la guerra, pero poco después empezaban unos caserones de piedra con paredes hechas con cantos de sílex. Según avanzaba hacia el corazón del pueblo, los caserones eran más viejos, cada paso me hacía retroceder un poco más en la historia. Empapados por la llovizna, se apiñaban los unos sobre los otros y sus ventanas inertes me devolvían mi imagen suspicaz e inexpresiva.

Más adelante, a los lados de la carretera empezaron a aparecer tiendas cerradas, y detrás de estas, a través de la húmeda penumbra, más casas. Pasé por delante de una escuela y de un pub, y entonces llegué a un prado. Los narcisos resplandecían y sus pétalos amarillos golpeados por las gotas de agua turbaban con su color un mundo de tonos sepia. Torcido sobre la hierba, un gigantesco castaño de Indias extendía sus negras ramas desnudas. Detrás, rodeada por un cementerio de lápidas inclinadas y cubiertas de musgo, estaba la iglesia normanda cuyo campanario había divisado desde la carretera. Al igual que los caserones más viejos, sus paredes estaban hechas de sílex; piedras duras, grandes como puños, que desa-

fiaban a los elementos. La argamasa que las unía acusaba los efectos de la intemperie y los años, y la puerta y las ventanas se habían combado por efecto de los cambios producidos en el suelo a lo largo de los siglos.

Me detuve. Vi que, a lo lejos, la carretera daba paso a más casas. Estaba claro que Manham era aquello y poco más. En algunas ventanas se veía una luz encendida, pero no había ningún otro signo de vida. Me quedé quieto bajo la lluvia, sin saber adónde ir. En ese momento oí un ruido y vi a dos jardineros trabajando en el cementerio. Ajenos a la lluvia y la falta de luz, estaban rastrillando y arreglando la hierba que crecía alrededor de las viejas lápidas. No dejaron de trabajar ni al acercarme a ellos.

—¿Sabrían decirme dónde está la consulta del médico? —pregunté con el agua resbalándome por la cara.

Cesaron su trabajo y se quedaron mirándome; a pesar de la diferencia de edad eran tan parecidos que por fuerza tenían que ser abuelo y nieto. Ambos rostros tenían la misma expresión plácida e indiferente y la misma mirada serena en sus ojos azul aciano. El mayor señaló en dirección a un estrecho callejón flanqueado por árboles al fondo del prado.

—Recto por ahí.

El acento me confirmó que ya no estaba en Londres: su forma de pronunciar las vocales sonaba extraña en mis oídos. Les di las gracias, pero ellos ya habían vuelto a ponerse manos a la obra. Tomé el callejón, las ramas que lo cubrían amplificaban el sonido de la lluvia. Recorridos varios metros, llegué ante una gran cancela que cerraba una entrada para coches. Clavado a uno de los postes de la puerta había un letrero en el que se leía: «Bank House». Debajo, una placa de bronce rezaba: «Dr. H. Maitland». De la entrada partía una ligera rampa que subía por un jardín bien cuidado en el que crecían unos cuantos tejos hasta desembocar en el patio de una imponente mansión de estilo georgiano. Me limpié el barro de los zapatos con una barra de hierro fundido colocada junto a la entrada principal, levanté la pesada aldaba y llamé con fuerza. Estaba a punto de llamar de nuevo cuando se abrió la puerta.

Una mujer de mediana edad, algo entrada en carnes y con el pelo de color plomo, me miró.

—¿Sí?

—Vengo a ver al doctor Maitland.

—La consulta está cerrada —respondió ella arrugando el entrecejo—. Y me temo que por el momento el doctor no visita a domicilio.

—No... lo que quiero decir es que está esperándome. —No hubo respuesta. Pensé en el desaliñado aspecto que debía de tener tras una hora caminando bajo la lluvia—. Vengo por el puesto. Me llamo David Hunter.

Su rostro se encendió de repente.

—¡Oh, cuánto lo siento! No había caído. Creía que... Entre, por favor —dijo a la par que retrocedía para dejarme pasar—. Cielo santo, está empapado. ¿Lleva mucho rato caminando?

—Desde la estación de tren.

—¿Desde la estación de tren? ¡Pero si está a varios kilómetros! —exclamó mientras me ayudaba con el abrigo—. ¿Por qué no llamó para avisar de cuándo llegaba su tren? Podríamos haber mandado a alguien a recogerlo.

No contesté. La verdad era que ni se me había ocurrido.

—Pase al salón. El fuego está encendido. No, deje la maleta —dijo dándose la vuelta tras colgar el abrigo. Sonreía. Me di cuenta de que su rostro estaba tenso y de que lo que me había parecido lacónismo era tan solo fatiga—. Nadie va a robársela.

Me acompañó a una sala amplia revestida de madera. Delante de la hoguera, en la que ardía una pila de leños, había un sillón de piel estilo Chesterfield algo gastado. La alfombra era persa y, aunque vieja, todavía bonita. Alrededor se veían las tablas del suelo, barnizadas en tono oscuro. La estancia desprendía un agradable olor a pino y a humo de leña.

—Por favor, siéntese. Le diré al doctor Maitland que ha venido. ¿Le apetece una taza de té?

Otro indicio de que ya no estaba en la ciudad. Allí me habrían ofrecido café. Le di las gracias y, cuando se marchó, me quedé mi-

rando el fuego. Después del frío, el calor me estaba adormeciendo. Fuera había oscurecido por completo y la lluvia repiqueteaba en los cristales de las ventanas, de estilo francés. El Chesterfield era blando y cómodo. Noté que los párpados se me empezaban a cerrar y, justo cuando estaba a punto de cabecear, me levanté con un movimiento repentino. De pronto me sentía exhausto, estaba agotado tanto física como mentalmente, pero el miedo a quedarme dormido era aún mayor.

Seguía de pie frente al fuego cuando la mujer regresó.

—¿Quiere pasar? El doctor Maitland está en el estudio.

La seguí a través del vestíbulo; nuestros pasos hacían crujir el suelo de madera. Llamó con suavidad a la puerta del fondo y la abrió haciendo un gesto rutinario, sin esperar respuesta. Una vez más, sonrió mientras retrocedía para dejarme pasar.

—Enseguida traigo el té —dijo cerrando la puerta.

Dentro había un hombre sentado a una mesa. Nos quedamos mirándonos durante unos instantes. Incluso sentado se adivinaba que era alto y de constitución robusta; en la cara se le marcaban unas profundas líneas de expresión y la espesa cabellera era más blanca que gris. Las cejas negras excluían cualquier atisbo de debilidad y los ojos tenían una mirada aguda y atenta. Se posaron sobre mí, y noté algo que no supe cómo describir. Por primera vez me turbaba el hecho de no encontrarme en las mejores condiciones.

—¡Por Dios bendito, está usted empapado! —tronó con voz áspera aunque amistosa.

—He venido caminando desde la estación. No había taxis.

Resopló y dijo:

—Bienvenido al maravilloso Manham. Debí avisarme de que llegaba un día antes, habría hecho que fueran a buscarlo a la estación.

—¿Un día antes? —repetí.

—Eso he dicho. No lo esperaba hasta mañana.

En ese momento entendí por qué todas las tiendas estaban cerradas. Era domingo. No me había percatado de hasta qué punto

se me había atrofiado la percepción del tiempo. Él fingió no darse cuenta del embarazo que me provocaba la confusión.

—No importa, el caso es que está aquí. Así tendrá más tiempo para instalarse. Me llamo Henry Maitland. Encantado de conocerlo.

Me tendió la mano sin levantarse. Fue entonces cuando reparé en que estaba sentado en una silla de ruedas. Me adelanté para estrecharle la mano, pero no tan rápido como para que él no se percatara de mi titubeo y esbozara una sonrisa irónica.

—Ahora ya sabe por qué puse el anuncio.

Se refería al que había publicado en las páginas de clasificados de *The Times*, un anuncio pequeño que habría sido fácil pasar por alto. Sin embargo, por alguna razón, mi mirada fue a caer directamente sobre él. Un médico rural buscaba médico generalista para contrato temporal. Seis meses, alojamiento incluido. Lo que me atrajo, más que nada, fue el lugar. No ardía precisamente en deseos de irme a trabajar a Norfolk, pero era la ocasión para salir de Londres. Contesté sin mucha esperanza ni entusiasmo, de modo que cuando, a la semana siguiente, me llegó la carta, yo esperaba una cordial negativa. En cambio, me encontré con que me ofrecía el puesto. Tuve que leer la carta dos veces para asimilarlo. En otras circunstancias me habría preguntado dónde estaba la trampa. Claro que en otras circunstancias no habría solicitado el puesto.

Escribí a vuelta de correo diciendo que aceptaba.

En ese momento, al ver a mi empleador, me dije que ya era tarde para preguntarme en qué me había metido. Como si leyera mi mente, apoyó las manos en las piernas.

—Accidente de coche —dijo sin incomodidad ni autocompasión—. Puede que con el tiempo recupere un poco de movilidad, pero hasta entonces no puedo valerme por mí mismo. He tenido varios suplentes en el último año y pico, pero ya estoy hartó. Una cara distinta todas las semanas; eso no le hace bien a nadie. Pronto se dará cuenta de que por aquí la gente no es muy amante de los cambios. —Alcanzó la pipa y el tabaco que tenía encima de la mesa—. ¿Le molesta que fume?

—No, si no lo hace.

Rió.

—Buena respuesta. Pero yo no soy paciente suyo, no lo olvide. Hizo una pausa mientras acercaba una cerilla a la cazoleta.

—Bien —dijo mientras aspiraba—. Será un gran cambio para alguien acostumbrado a trabajar en la universidad, ¿no es así? Además, esto no tiene nada que ver con Londres —añadió mirándose por encima de la pipa. Esperé a que preguntara más detalles de mi anterior trabajo, pero no lo hizo—. ¿Ha cambiado de opinión? Ahora es el momento de decirlo.

—No —contesté.

Él asintió satisfecho.

—Estupendo, pues. Por el momento se instalará aquí. Le diré a Janice que le enseñe su cuarto. Tendremos ocasión de hablar mientras cenamos. Puede empezar mañana mismo. La consulta abre a las nueve.

—¿Puedo preguntarle una cosa? —Él me miró enarcando las cejas—. ¿Por qué me ha elegido a mí?

Llevaba tiempo dándole vueltas, aunque tampoco me angustiaba tanto como para renunciar al puesto.

—Parecía adecuado. Tenía buenas calificaciones, excelentes referencias y, además, estaba dispuesto a venir a trabajar en medio de la nada a cambio de una miseria.

—Pensaba que antes me haría una entrevista.

Hizo un gesto negativo con la pipa que lo dejó envuelto en humo.

—Las entrevistas llevan tiempo. Yo quería a alguien que pudiera empezar lo antes posible. Me fío de mi intuición.

Hablaba con una confianza que encontré tranquilizadora. No fue hasta mucho después, cuando ya no había duda de que me quedaría, que, entre risas y whiskies de malta, admitió que yo había sido el único candidato.

Pero en ese momento, algo tan obvio ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

—Le dije que no tenía mucha experiencia como médico generalista. ¿Cómo sabe que estoy capacitado?

—¿Usted cree que lo está?

Me tomé un tiempo antes de contestar; en realidad todavía no me lo había planteado seriamente. Había emprendido el viaje sin pensarlo mucho. Quería escapar de un lugar y una gente cuya presencia se me hacía demasiado dolorosa. Volví a pensar en mi aspecto. Un día antes y empapado como una esponja. «¿Es que no te queda ni una pizca de sentido común?»

—Sí —dije.

—Entonces ya está —dijo con severidad, aunque no sin cierta satisfacción—. Además, solo es un trabajo temporal. Y yo lo supervisaré.

Apretó un botón de la mesa. Se oyó un timbre a lo lejos, en alguna parte de la casa.

—Normalmente la cena es a las ocho, siempre y cuando los pacientes lo permitan. Puede descansar hasta entonces. ¿Ha traído su equipaje o lo ha mandado enviar?

—Lo he traído conmigo. Lo he dejado con su esposa.

Hizo un gesto de sorpresa y sonrió con una turbación inesperada.

—Janice es el ama de llaves —dijo—. Soy viudo.

El calor de la habitación pareció replegarse sobre mí. Haciendo un gesto de asentimiento, dije:

—Yo también.

Así fue cómo me convertí en el médico de Manham. Tres años después fui uno de los primeros en oír lo que los hermanos Yates habían descubierto en el bosque de Farnham. Como es natural, nadie sabía de quién podía tratarse, por lo menos en ese momento. Dado su estado, los muchachos no eran capaces de decir si el cuerpo pertenecía a un hombre o a una mujer. Ya en su casa, ni siquiera estaban seguros de si estaba desnudo o no. En determinado momento, Sam llegó a asegurar que tenía alas, pero luego empezó a dudar y calló; en el rostro de Neil no había expresión alguna. Fuera lo que fuese, no se parecía a nada con lo que pudieran esta-

blecer una semejanza y el recuerdo empezaba a difuminarse. Lo único en lo que estaban de acuerdo era en que era humano y estaba muerto. A pesar de que su descripción de la riada de gusanos apuntaba la presencia de heridas, conocía muy bien las tretas que emplea la muerte. No había motivos para pensar lo peor.

No en ese momento.

Por eso parecía tan extraña la convicción de la madre de los muchachos. Linda Yates estaba sentada en el pequeño salón de su casa rodeando con un brazo al hijo menor, quien, acurrucado a su lado, miraba la televisión sin verla. El padre, que era granjero, todavía estaba trabajando. Me había llamado en cuanto los niños habían vuelto a casa, agitados y jadeantes. Aunque era domingo por la tarde, en un lugar tan pequeño y aislado como Manham uno nunca está fuera de servicio.

La policía no había llegado todavía. Estaba claro que no veían motivos para apresurarse, pero yo me sentí en el deber de quedarme. Le había suministrado a Sam un sedante, tan suave casi como un placebo, y contra mi voluntad había escuchado la historia de boca de su hermano. Había intentado no oírle. Sabía muy bien qué debían de haber visto.

Y no hacía ninguna falta que nadie me lo recordara.

La ventana del salón estaba abierta de par en par, pero por la habitación no corría ni un soplo de aire. Fuera había una luz deslumbrante, casi blanquecina a aquella hora de la tarde.

—Es Sally Palmer —dijo Linda Yates sin motivo aparente.

La miré sorprendido. Sally Palmer vivía sola en una pequeña granja a la entrada del pueblo. Era una mujer atractiva, en la treintena; había llegado a Manham unos años antes que yo tras heredar la granja de su tío. Todavía tenía unas cuantas cabras, y los lazos de sangre con el pueblo la hacían menos extraña de lo que habría sido en otras circunstancias; desde luego, menos que yo, incluso después de tres años. No obstante, el hecho de ganarse la vida escribiendo la hacía distinta, y suscitaba entre sus vecinos una mezcla de temor y desconfianza.

Que yo supiera, nadie la había echado en falta.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Porque he soñado con ella.

No era la respuesta que esperaba. Miré a los niños. Sam estaba más tranquilo y parecía ausente, pero Neil miraba a su madre y yo pensé que cualquier cosa que dijéramos daría la vuelta al pueblo en cuanto el muchacho saliera de casa. La madre interpretó mi silencio como escepticismo.

—Estaba llorando en una parada de autobús. Yo le preguntaba qué había pasado, pero ella no decía nada. Entonces miré a la carretera y, cuando me di la vuelta otra vez, había desaparecido.

No sabía qué decir.

—Si soñamos, es por algo —continuó—. Y ahora ha pasado esto.

—Por favor, Linda, todavía no sabemos quién es. Podría ser cualquiera.

Me miró dando a entender que me equivocaba, pero que no tenía intención de discutir. Fue un alivio oír los golpes en la puerta que anunciaban la llegada de la policía.

Eran dos, ejemplo ambos del típico policía rural. El mayor de ellos era rubicundo y de vez en cuando subrayaba sus palabras con un jovial guiño de ojos, cosa que, dada la situación, parecía fuera de lugar.

—O sea que creéis que habéis encontrado un cuerpo, ¿verdad? —preguntó con voz alegre, lanzándome una mirada como si acabara de contar un chiste que escapase a la comprensión de los niños.

Sam seguía acurrucado junto a su madre, pero Neil respondía entre murmullos, intimidado por la presencia en su casa de aquella pareja de hombres uniformados.

Al poco rato, el agente cerró el bloc de notas.

—Bien, será mejor que vayamos a echarle un vistazo. A ver, chicos, ¿quién nos acompaña?

Sam escondió la cabeza en el regazo de su madre. Neil no dijo nada, pero palideció. Hablar era una cosa. Volver allí, otra. La madre se giró hacia mí con cara de preocupación.

—No creo que sea una buena idea —dije.

De hecho me parecía pésima, pero había tenido bastante trato con la policía como para saber que la diplomacia suele ser preferible a la confrontación.

—¿Y cómo vamos a encontrarlo si ninguno de los dos conoce la zona? —preguntó.

—En el coche tengo un mapa. Les indicaré cómo llegar.

El agente no disimuló su disconformidad. Salimos, entornando los ojos por el repentino resplandor. La casa estaba al final de una fila de pequeñas casas de piedra y teníamos los coches aparcados en la misma calle. Saqué el mapa de mi Land Rover y lo desplegué sobre el capó. La superficie metálica estaba caliente por el sol.

—Queda a unos cuatro kilómetros y medio. Hay que ir en coche hasta aquí y luego seguir a pie por los pantanos hasta el bosque. Por lo que dicen, el cuerpo tiene que estar por aquí.

Señalé una zona del mapa.

—Tengo una idea mejor. Si no quiere que nos acompañen los chicos, ¿por qué no nos lleva usted? —gruñó el policía forzando una sonrisa—. Parece conocer el terreno.

Por su cara vi que no me dejaría alternativa, así que les dije que me siguieran y arrancamos. El habitáculo del viejo Land Rover olía a plástico caliente. Bajé el cristal de las ventanillas cuanto pude. El volante me quemaba las manos. Cuando vi que tenía los nudillos blancos hice un esfuerzo por relajarme.

La carretera era estrecha y sinuosa, pero no íbamos lejos. Aparqué en un semicírculo de tierra lleno de rodadas, dejando la puerta del acompañante a poca distancia de los setos. El coche patrulla se detuvo detrás de mí. La pareja de agentes se apeó y el mayor se subió los pantalones por encima de la barriga. El más joven, quemado por el sol y con la piel irritada tras el afeitado, se quedó detrás.

—Hay una pista que atraviesa el pantano —les dije—. Los acompañaré hasta el bosque, luego no tienen más que seguirla. Ha de estar a un centenar de metros.

El mayor se enjugó el sudor de la frente. Las axilas de su camisa blanca estaban húmedas y desprendían un olor acre. Miró hacia el bosque distante con los ojos entrecerrados y sacudió la cabeza.

—Hace demasiado calor. ¿No quiere enseñarnos dónde cree usted que es?

Su tono era entre serio y burlón.

—Una vez en el bosque su intuición es tan buena como la mía —dije—. Basta con buscar los gusanos.

El joven se echó a reír, pero dejó de hacerlo cuando el otro le lanzó una mirada torva.

—¿De todos modos no debería encargarse un equipo de forenses? —pregunté.

—No creo que les haga mucha gracia que los molestemos por un ciervo putrefacto —bramó—. Porque siempre acaba siendo algo así.

—Los chicos no opinan lo mismo.

—Entonces supongo que lo mejor será que lo vea por mí mismo, si no le importa. —Y, girándose hacia su compañero, añadió—: Vamos, acabemos de una vez.

Pasaron por una abertura entre los setos y echaron a andar en dirección al bosque. No me habían pedido que esperara y yo no veía necesidad de quedarme allí. Los había llevado hasta el lugar; el resto era asunto suyo.

Sin embargo, no me marché. Volví al Land Rover y saqué una botella de agua de debajo del asiento. Estaba tibia, pero tenía la boca seca. Me puse las gafas de sol y, mirando hacia el bosque al que se dirigían los agentes, me apoyé en el guardabarros lleno de polvo. El pantano los ocultaba a mi vista. El calor hacía que el aire pareciera vaporoso, metálico, y no dejaba de oírse el zumbido de los insectos. Pasaron un par de libélulas. Di otro trago de agua y miré el reloj. Ese día no tenía consulta, pero había cosas mejores que hacer que quedarse en un arcén esperando a ver qué encontraban ese par de policías. Probablemente tuvieran razón y lo que los niños habían visto fuera tan solo un animal muerto. La imaginación y el miedo habrían hecho lo demás.

Aun así, no me marché.

Poco después vi regresar a los dos hombres. Sus camisas blancas destacaban en medio del color verde amarillento de la hierba. Antes de que llegaran advertí que estaban pálidos. El más joven lu-

cía una mancha de vómito todavía fresca, pero no parecía haberse dado cuenta. Sin decir nada, le tendí la botella de agua. La cogió mirándome agradecido.

El mayor no se atrevía a mirarme.

—No había ni una señal dentro del maldito bosque —masculló dirigiéndose al coche.

Intentaba mostrarse bronco como antes, pero no lo conseguía.

—Entonces no era un ciervo —dije.

Él clavó en mí una mirada sombría.

—Creo que ya no lo necesitamos.

Esperó a que me subiera al Land Rover para llamar. Cuando arranqué tenía la radio en la mano. El otro agente se miraba los pies con la botella de agua colgando de la mano.

Volví a la consulta. Mil pensamientos bullían en mi mente, pero había levantado un muro que los mantenía a raya como moscas atrapadas tras una malla. Me esforzaba por no pensar en nada, pero las moscas murmuraban su mensaje en mi subconsciente. Llegué al desvío que había de llevarme al pueblo y a la consulta. Me disponía a poner el intermitente, pero no llegué a hacerlo. Sin pensarlo siquiera, tomé una decisión que alteraría el rumbo de las semanas siguientes, una decisión que cambiaría mi vida y la de otras personas.

Seguí adelante. Hacia la granja de Sally Palmer.